

Lo indígena y representación política

En una astilla puede estar el mundo, pero ésta es algo si no es solo una astilla sino el mundo.

CLAUDIO MAGRIS

El tema de la representación política de lo indígena, y de lo indígena en general, responde a una serie de realidades y consideraciones que —por decirlo de alguna manera— saltan a la vista. Pero, a su vez, esas realidades y consideraciones son complejas o difusas, o están llenas de tensiones. Y en el debate caben diversas posiciones, salvo dos francamente intolerables: la satanización, de un lado, y la sacralización, del otro.

Carlos Iván Degregori, uno de los mejores intelectuales del país y especialista en la materia, pone el tema en su lugar y presenta sus matices, con fundamentos y sin las histerias que suele generar de uno y otro lado su sola mención.

Sobre cómo definir lo indígena hoy y su relación con la política incluimos también las respuestas de Manuel Palacín, quien comparte su condición de dirigente principal de la Coordinadora Nacional de Comunidades Afectadas por la Minería (Conacami) con la de presidente de la Conferencia Permanente de los Pueblos Indígenas del Perú (Coppip-Coordinadora); con la dirigente indígena ecuatoriana Nina Pacari, la primera mujer indígena que llegó a canciller en América; y con Eugenio Mullucundo, abogado de la Fundación Diálogo de La Paz (Bolivia).



Un fantasma (todavía) amistoso recorre el Perú

carlos iván degregori

Antropólogo

Primero fueron las *wiphalas* flameando en las marchas de cocaleros y en llave. Luego la asonada etnocacerista en Andahuaylas. Ahora la posible visita de Evo Morales a Sicuani. A un año de las elecciones generales, un fantasma parece haber comenzado a recorrer el país: la posible incursión de discursos y organizaciones indígenas en la política peruana.

Ante la posibilidad de un 'contagio' boliviano o ecuatoriano, algunos

se tocan de nervios, mientras otros repletan sus columnas de insultos racistas inéditos en el periodismo peruano contemporáneo.

Es comprensible que no queramos vernos reflejados en el espejo de la inestabilidad catastrófica de nuestros vecinos, pero no que reaccionemos como si ella fuese responsabilidad principal de los movimientos indígenas. En realidad, escurriendo apenas debajo de nervios e insultos se descubre el miedo, la culpa y la

concha. El miedo, sobre todo, es muy mal consejero. Puede generar agresividad y respuestas desproporcionadas. Tratemos, más bien, de entender la política indígena en los países andinos y sus posibilidades en el Perú.

Sociedad y política

En democracias con sistemas políticos fuertes, cuando existe discriminación o exclusión llega el momento en que los afectados se organizan, se movilizan y encuentran más temprano que tarde partidos políticos que canalizan sus demandas y las llevan a la esfera política con el fin de ampliar y fortalecer la ciudadanía. Fue, por ejemplo, el caso del Partido Demócrata de los Estados Unidos durante la lucha por los derechos civiles de los negros.

Si no hay partidos que hagan suyas esas banderas, no es de extrañar que los propios movimientos sociales busquen incursionar directamente en la política.



Es lo que sucedió con la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie) y la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB).

¿Antidemocráticos?

Es cierto que la irrupción de la etnicidad (o de la religión) en la política puede resultar explosiva. La denominada política identitaria puede volverse excluyente y llevar, en casos extremos, a genocidios y "limpiezas étnicas", como se ha visto en las últimas décadas en diferentes partes del mundo.

En América Latina, sin embargo, los movimientos indígenas han sido fundamentalmente democráticos y pacíficos —entre otras causas, porque ni la religión ni el nacionalismo irredentista han jugado un papel preponderante en ellos—, y han contribuido a ampliar la ciudadanía en temas y sectores que no aparecían en los radares de los partidos establecidos.

¿Han tenido, en ocasiones, comportamientos no democráticos? Sí, como cuando la Conaie se alió con Lucio Gutiérrez en su frustrado golpe de Estado del 2001 y, luego, en las elecciones del 2002. Lo pagaron caro: hoy esa alianza está rota, y la Conaie curando sus heridas y repensando su futuro.

Podemos decir que en los movimientos indígenas anida la tentación populista y una cierta inclinación hacia lo que Zakaria denomina "democracias iliberales". Pero ¿son los únicos en el vecindario? ¿Qué autoridad tendrían para criticar esos deslices quienes —en el Perú, por ejemplo— se subieron con bultos y petacas al tractor fujimorista en 1992, dejando en la estacada a Mario Vargas Llosa?

Podría ponerse en duda el carácter pacífico de esos movimientos, dado su recurso frecuente a los bloqueos de carrete-

ras, sobre todo en Bolivia. Es cierto que esa táctica juega al filo del reglamento, pero tampoco es patrimonio de las organizaciones indígenas: recurre a ella, también, el movimientismo, que es un rasgo de vieja data y bastante generalizado en la región. Recordemos sino a los piqueteros argentinos bloqueando autopistas; o incluso a los agricultores franceses haciendo lo mismo con sus tractores.

Esto no significa avalar necesariamente los bloqueos, ni negar que son no solo paralizantes, sino también polarizantes y, en la mayoría de los casos, contraproducentes para los mismos bloqueadores, que atentan contra el derecho al libre tránsito de otros ciudadanos.

Tampoco significa negar los peligros de la política identitaria, que muestra su mejor perfil cuando sus propuestas trascienden las fronteras grupales o corporativas, se dirigen a todo el país y se convierten en propuestas de transformación nacional. El mejor ejemplo en los países andinos fue la actuación de la Conaie durante la elaboración de la Constitución ecuatoriana de 1997.

Pero es cierto que la política étnica puede caer en el esencialismo de considerar que los indígenas son buenos por naturaleza, o en el ahistoricismo de pensar que cinco siglos no son nada y seguir hablando de españoles y de conquistadores al referirse a criollos y mestizos; o en ensalzar unilateralmente a la coca como "la hoja sagrada", como si el narcotráfico fuese un fenómeno que ocurre en la dimensión desconocida. Puede volverse excluyente y contrarracista, sobre todo entre ciertos intelectuales indígenas y algunos dirigentes sociales. Ellos son los más sensibles al techo de vidrio

Miguel Palacín (Perú):*

El pensamiento indígena no es de izquierda ni de derecha

La Conacami es una organización gremial, campesina. ¿Cómo así asume ahora un discurso étnico?

Somos indios por naturaleza; el Estado nos cambió a campesinos, y aceptamos por el momento porque tenemos una cultura flexible. Pero el paso de indio a campesino no ha cambiado nuestra realidad: seguimos pobres, seguimos excluidos.

Los pueblos indígenas ya no somos los de antes. En este proceso global en el que los grandes se juntan para manejar los estados, los chicos también nos juntamos. Es una reacción natural. En ese proceso hemos aprendido que el Convenio 169 de la OIT es importante, porque protege nuestros derechos mejor que nuestra propia Constitución.

¿Quién es indígena en el Perú?

Somos indígenas todos los que descendemos de las culturas que anteceden al Estado.

En la definición de lo indígena, ¿es importante hablar quechua u otra lengua nativa?

Sí, porque nuestras leyes están escritas en esa lengua.

¿Usted es indígena?

Sí, soy un quechuahablante de la provincia de Pasco; no del lado minero, sino de la meseta del Bombón.

¿Qué elementos son parte de la definición político-ideológica de lo indígena?

Nuestro pensamiento político no es ni de derecha ni de izquierda. Nace con el territorio, que es, para nosotros, mucho más que un espacio geográfico: es el pasado, el presente y el futuro.

Tenemos autoridad propia, elegida democráticamente, y justicia propia. Nuestra filosofía se basa en los principios de la solidaridad y la reciprocidad. Practicamos una economía de distribución, no una de acumulación. Tenemos una clara convivencia con la naturaleza. Eso no lo tiene ningún partido político, ni de derecha ni de izquierda. En los pueblos indígenas no hay lucha de clases.

¿Dónde percibe señas de identidad indígena en el Perú?

Está incluso en la propia Lima. El problema es que el indígena peruano se camufla. Teme hablar el quechua, identificarse, por miedo a la marginación que siempre ha sufrido. Pero vaya a verlos un fin de semana cuando se juntan con sus paisanos, cuando hacen sus asambleas comunales o recolectan fondos para viajar a sus comunidades: allí está la esencia. Lo que falta es reconocerla y expresarla.

¿Cree que pronto veremos un movimiento indígena en el Perú?

Estos procesos no tienen cronograma; los pueblos no escriben programas. Los pueblos brindan mensajes colectivos sobre el tema del autogobierno, para decidir su propio desarrollo. Eso surge en cualquier momento. Falta un movimiento unificador, que puede surgir en tres meses, un año o dos años. En ese momento serán fundamentales nuestras capacidades de liderazgo, porque los partidos políticos también van a querer estar en ese proceso.

* Presidente de Conacami y Coppip-Coordinadora.



que bloquea sus posibilidades de movilidad social meritocrática, pero también los más proclives a la ideologización excesiva.

El líder aimara Felipe Quispe y algunos intelectuales indígenas bolivianos se ubican en este extremo. Pero, por esa misma ubicación, Quispe es mucho menos influyente que Evo Morales, el dirigente cocalero encumbrado como líder político nacional, segundo en las elecciones del 2003 no solo por sus méritos propios sino también por la defección de los partidos que compartieron el poder entre 1985 y el 2003 y por la forma como los

Estados Unidos llevan su "guerra contra las drogas" en la región. En el caso de Morales, la tentación es más bien 'chavista'. Tras el discurso étnico asoma la "democracia iliberal", complicada en este caso porque (a falta de gas) el combustible que puede sostener su propuesta no sería el petróleo, como en el caso de Chávez, sino la coca.

El caso peruano

Uno de los hallazgos más impactantes del *Informe final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) fue que 75 por ciento de las víctimas mortales del conflicto armado interno tenía

el quechua como idioma materno, mientras que, según el Censo Nacional de 1993, esto ocurría con solo 17 por ciento del total de peruanos. Más aun: si la violencia hubiera alcanzado en todo el territorio nacional la misma intensidad que tuvo entre los asháninka, hubieran muerto alrededor de 2 millones de peruanos y peruanas. Un verdadero holocausto.

Es cierto que el conflicto armado interno peruano no fue ni el de Ruanda ni el de Kosovo, pero las cifras son demasiado contundentes como para afirmar que el elevado número de víctimas

indígenas se debió solo a la mala suerte geográfica.

Sin embargo, ni antes ni después de la CVR partido alguno ha mostrado interés en colocar el tema indígena en la agenda política nacional. La Constitución de 1993 definió el país como pluricultural y multilingüe. Diez años después, durante las audiencias públicas de la CVR comprobamos que, a pesar de la década transcurrida, no había en el país una sola universidad o instituto superior que preparara traductores profesionales quechua-castellano, para no soñar con traductores asháninka-castellano o awajún-castellano.

Por la misma época estallaba el escándalo de la Comisión Nacional de los Pueblos Andinos, Amazónicos y Afroperuanos (Cónapa), y otra gran oportunidad política se desperdiciaba: un presidente fenotípicamente indígena y una primera dama antropóloga se declaran dispuestos a enfrentar los problemas de discriminación y exclusión de los pueblos indígenas y afroperuanos; encuentran planes elaborados por la Secretaría Técnica de Asuntos Indígenas (Setai) con participación de las principales organizaciones indígenas durante el gobierno de transición; pero reducen su política indígena a la cooptación de algunos dirigentes y a la promoción del folclor, al marquetingeo de un país exótico y emplumado como producto turístico: *Indians for Export*.

No me opongo al desarrollo del turismo, ni al de todas las manifestaciones culturales que coexisten en el Perú, pero no podemos terminar como el equivalente de una república bananera: un país para *National Geographic*, cuyo presidente acompaña una semana por todo nuestro territorio a los camarógrafos de la

revista, pero no se sienta un fin de semana completo con las organizaciones indígenas para trabajar los problemas de fondo —pobreza, territorio, autonomía, acceso a la justicia en sus propias lenguas, educación bilingüe intercultural— que están, por lo demás, expuestos hace tiempo en el Convenio 169 de la OIT, del cual nuestro país es signatario.

Lo asombroso, entonces, es que no haya una mayor incursión de los pueblos indígenas en la escena política. Más precisamente, que sus movimientos sean débiles en comparación con los de países vecinos. Porque, dejémonos de paranoias: los hermanos Humala y sus etnocaceristas son un movimiento de *mistis* tradicionales que, en la mejor de sus facetas, podrían expresar una suerte de velasquismo degradado, y el sector radical del magisterio que encabeza Huaynalaya expresa una suerte de postsenderismo clasista, que no tiene ni busca puntos de encuentro con los movimientos étnicos.

En las marchas cocaleras flama a veces la bandera del Tawantinsuyu, pero ninguna de las corrientes en las que se divide el movimiento se asemeja a los cocaleros del Chapare boliviano. La construcción de una identidad étnica no "chorrea" más allá de los dirigentes y activistas. La "defensa de la hoja sagrada" no se vuelve parte raigal y beligerante de su movimiento.

Durante los sucesos ocurridos hace un año en llave, una política aimara radical, violenta, incluso secesionista, fue en buena parte creación de los medios de comunicación de Lima, en algunos de los cuales parecían haberse activado viejos reflejos discriminadores, a partir de un razonamiento como el siguiente:

Eugenio Mullucundo (Bolivia):* La defensa de los recursos naturales

¿Cuál es la situación del movimiento indígena y campesino en Bolivia?

Desde el 2000 ó el 2001, con la emergencia de las reivindicaciones por los recursos naturales, el movimiento indígena campesino se ha convertido en un movimiento muy importante. Esto se ha reflejado en las elecciones generales del 2002: existe un 40 por ciento de representantes indígenas-campesinos en el Parlamento. No son mayoría, pero tienen una incidencia política importante. En las elecciones municipales de diciembre, el MAS (representación política de los cocaleros y de los sindicatos campesinos) se ha erigido en la primera fuerza política y atrae a buena parte de la población indígena. No se trata de una coalición estable; como cualquier movimiento, tiene sus fisuras o divergencias, pero ahora es la primera fuerza política.

Los últimos acontecimientos ocurridos en Bolivia —la amenaza de dimisión del presidente Mesa, nuevas constelaciones de poder en el Parlamento y la nueva polarización entre el oriente y el occidente del país— han conducido a un nuevo 'posicionamiento' de la fuerza indígena-campesina en el escenario político y social boliviano.

Pero el presidente Mesa ha sido muy duro con el movimiento indígena.

Sí, le ha echado al MAS la culpa por todos los males de Bolivia habidos y por haber. Ha satanizado al movimiento y el bloqueo de carreteras como su mecanismo de acción. El discurso ha calado en la clase media y en los movimientos autonomistas, que han salido a la calle con una sola idea: "Al indio hay que lincharlo", "Estamos como estamos por el indio". Los bloqueos no son una estrategia de Evo Morales, sino de un movimiento indígena campesino que ha salido convencido de que si no defiende los recursos naturales hoy, ocurrirá lo mismo que con la plata y el oro: ya no quedará nada para sus verdaderos dueños.

* Abogado de la Fundación Diálogo.

Nina Pacari (Ecuador):*

Conjugar convicción con responsabilidad

¿Cómo se explica la fuerza del movimiento indígena del Ecuador?

Por tres elementos básicos: su proceso de organización, ligado fundamentalmente a lo territorial y a la identidad; su situación de exclusión y de pobreza, y porque ha construido un proyecto político de país no solo para los pueblos indígenas. El Estado plurinacional es una propuesta política, un modelo de desarrollo con participación ciudadana y con identidad.

¿Cuáles son hoy, a inicios del siglo XXI, las señales de identidad indígena?

Somos el pueblo originario, absolutamente distinto de los pueblos no indígenas y de la sociedad occidental. No solo por costumbres o por idioma, sino también por nuestra cosmovisión. Tenemos lógicas totalmente diferentes, que se expresan en la cotidianidad, en las manifestaciones culturales, en el quehacer político, en la forma de mirar el desarrollo. Pero el principio fundamental es el relativo a quién se define como indígena y tiene un proyecto político.

Hablemos de su experiencia en el Gobierno. ¿Qué límites y qué potencialidades identificó?

En cuanto a los límites, el aliado [Lucio Gutiérrez] se fue por otro camino. Había de por medio dos posiciones distintas. El segundo es un límite estructural, porque la institucionalidad, cómo se estructura el modelo de Estado, está tomada por las élites. El tercer límite tiene que ver con la visión que tenemos de país: una carencia de proyecto de país.

En cuanto a las potencialidades, ser la primera mujer indígena que llegó a canciller en América permitía sacar a flote lo escondido de las dimensiones nacionales. Fue la oportunidad de demostrar capacidad y ética, de colocar un quehacer político distinto. Es importante tener la ética de la convicción, pero también hay que sumarle la ética de la responsabilidad, que nos obliga a tener horizontes más amplios, porque es solo en esa dimensión por donde camina un proyecto político.

* Dirigenta indígena, ex canciller del Ecuador.

si es un movimiento incomprensible y, además, violento, entonces debe de ser indio. La prueba es que las listas aymaristas en las elecciones de octubre, posteriores al asesinato del alcalde, no alcanzaron ni el 5 por ciento del total de votos. Esto no quiere decir que no existan una identidad y un orgullo aymaras, pero, sí, que no se han expresado políticamente de la forma como muchos medios y políticos nacionales los plantearon el año pasado.

Por su parte, la Coordinadora Permanente de los Pueblos Indígenas del Perú (Coppip), la organización indígena más representativa del país, actúa por ahora estrictamente como movimiento social. Más aun: una de sus dos organizaciones de ma-

yor importancia, la Confederación Nacional de Comunidades del Perú Afectadas por la Minería (Conacami) —la otra es la Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana (Aidesep)—, que agrupa a las comunidades afectadas por la minería, no es una organización indígena clásica, pues incluye a indígenas y no indígenas, y sus reivindicaciones se ubican en la frontera entre los reclamos étnicos y los clasistas.

¿Por qué esta práctica ausencia del factor étnico en la política nacional peruana? Explicarla excede los límites de este artículo. Digamos solo que, para grupos discriminados y estigmatizados, convertir el estigma en bandera es solo una entre varias posibilidades. Otra es reformular su

identidad para eludir el estigma sin necesariamente asimilarse. En el Perú, de manera especial desde mediados del siglo XX, se abrieron ventanas de oportunidad para que los indígenas reformularan sus identidades étnico-raciales en términos culturales a través del acceso al castellano y a la escuela, y se redefinieran en muchos casos en términos regionales, sin renunciar necesariamente a un conjunto de rasgos culturales propios.

En este contexto, los movimientos indígenas son por lo general locales y dispersos. Por eso, considero que las reivindicaciones indígenas se van a expresar, al menos esta vez, en candidaturas regionales y movimientos locales, por ahora sin mayor impacto en la política nacional. Pero no es que esto sea lo más saludable. Primero, porque los movimientos regionales viven también ensimismados y son dispersos, y no han mostrado hasta el momento capacidad de propuesta nacional. Es más bien a través de radicalismos regionales (en ciertos casos con discurso étnico) que el fantasma de la fragmentación "a la boliviana" podría asomar de verdad las narices.

Por otro lado, los pueblos indígenas deberían impactar en la política nacional. Mientras no lo logren, no saldrán de su situación mayoritaria de postración económica y ciudadanía de segunda clase. Ojalá lo hagan a través de partidos políticos nacionales que, como parte de su renovación, se vuelvan sensibles a la diversidad cultural, la consideren en serio un activo y no solo un adorno para PromPerú, y decidan bregar por ampliar y fortalecer la ciudadanía con nuevos protagonistas y nuevos temas; que decidan luchar por fin contra ese racismo sutil que se está volviendo "políticamente correcto" en el Perú de hoy. ■